

EL ATRAPASUEÑOS

María Victoria Trigo Bello

*A Luis, mi hermano de montaña
que sigue caminando junto a mí*

Eras alto. Bueno, de crío más bien eras largo, que es lo que sucede cuando las piernas crecen tanto que parecen independizarse del cuerpo y da la impresión de que fueran a echar a correr solas. En las fotos de tu álbum se aprecia que enseguida alcanzaste a tu hermano, tres años mayor. Al comenzar el bachillerato elemental ya le sacabas media cabeza e imagino que a partir de entonces sería él quien heredara la ropa.

El profesor de Educación Física vio que en el atletismo podías hacer carrera, nunca mejor dicho, y estuviste algunos cursos compaginando los estudios con las pistas. Desconozco detalles de cuántos días ibas a entrenar, si llegaste a competir más allá de participar en pruebas escolares y de cuáles eran tus marcas. La verdad, cuando te vi por primera vez, las únicas marcas que tenías eran las heridas que la vida te había dejado.

No fuiste buen estudiante. Tampoco fuiste fiel a la disciplina de aquel deporte de cronómetro que cada vez era más exigente para ti. Hubiera podido formar parte del equipo regional y, a partir de ahí, quizás ascender a figura nacional e incluso internacional. Te veo en esas fotos amarillentas con alguna medalla, sonriendo incómodo como siempre que te obligan a posar. Te veo recogiendo un diploma, tus piernas esbeltas como dos troncos pujantes. Te veo niño frágil, incapaz de manejar aquella altura que te hacía ser distinto, ángel desubicado en un territorio donde lo diferente era incomprendido.

Abandonaste clases y entrenamientos en esa etapa en que la adolescencia es una ola que se retira sin que la madurez llegue a la playa. Fue entonces cuando tu barca se

quedó varada en la arena turbia de trabajar por cuatro duros de peón en lo que fuera para luego quemarlo todo de bar en bar. Tu madre, viuda desde muy joven, no supo reaccionar. Tú eras el raro y por eso hacías rarezas. Tú eras el hijo complicado, la oveja negra. Bastante cruz suponía sacar adelante a dos vástagos fregando escaleras como para, encima, aguantar a un borracho.

Caíste como un gigante derrotado. Caíste a lo más profundo. En la mili aprendiste astucias para disimular tu adicción y esconder el lado oscuro ofreciéndote a hacer guardias a compañeros que podían pagártelas. Ese dinero iba todo al mismo infierno. Al regresar ya licenciado, lejos de haberte convertido en un hombre, como se decía en aquella época, eras un monigote sumido en alcohol y vergüenza.

Pero para entonces, a pesar de todo, había emergido el cisne que habitaba oculto en tus rasgos. Eras un joven guapo, de muy buena planta. Cuando estabas sereno, las chicas se volvían locas por ti. Tuviste algunas novias. Todas se evaporaban en cuanto aparecía el dios etílico que te dominaba. Me consta que hubo una que se aprovechó de tus circunstancias y te saqueó el poco dinero que tenías cuando tu madre te echó de casa y te entregó aquella libreta de ahorros en que, la pobre, te había guardado algunas propinas.

Sembraste mucho dolor. Mucho. Ya no quedaba nada de aquel mozalbete que en cuanto oía el disparo de salida volaba por su calle tomando la cabecera. Ya no quedaba nada de aquellos tiempos de chándal y zapatillas, cogiendo dos autobuses de ida y otros dos de vuelta para ir al centro deportivo. Ya sólo quedabas tú, totalmente desmadejado, cangilón que giraba en una noria que no podía controlar.

Era necesario un hilo, un hilo del cual hacer una cuerda firme para amarrarte a la vida. Todo había fallado. Eras un campo destruido en lo familiar, en lo laboral, en lo social. Eras un vagabundo errante por los bancos del parque, un nómada con unos cartones para dormir en algún cajero. Aún no habías cumplido treinta años y la esperanza se te antojaba algo que había muerto sin llegar a nacer. Pero la vida, esa vida tan perra que para ti sólo era un saco de hollín, te guardaba una oportunidad, un pasaje para resucitar.

El pasaje fue un poster de montaña. Así, sin más. Todo ocurrió en el albergue de caridad al que acudías aquella temporada. Sobre la impresionante imagen de un ibón rodeado de cimas, se anunciaba una charla y un pase de diapositivas de paisajes pirenaicos. Según supiste luego, se trataba de una actividad organizada a título

experimental por un grupo de psicólogos, un club de montaña y un equipo de voluntarios de proyectos de desintoxicación. Pretendían acercar el paraíso a los diferentes infiernos que cada uno de vosotros portabais, trascender las charlas de moralina y, simplemente, mostraros un camino a través del cual liberaros de vuestro yugo.

A falta de mejor plan, asististe. Te cayó bien aquella chica que hablaba con desparpajo y en aquellos años setenta era de las pocas mujeres que practicaban el montañismo. Ella también reparó en el hombre varios centímetros más alto que los demás que desde un lateral miraba con ojos de gorrión enjaulado. Y sí, esa chica era yo, pero al mes siguiente me trasladaba a vivir a otra ciudad y tardamos un par de décadas en reencontrarnos.

Se os propuso una salida al monte. Todo estaba financiado por la buena voluntad de varios donantes. El material os lo prestábamos los montañeros. Unos cuantos os apuntasteis, los justos para un autobús. Yo no fui a ese viaje porque aquel sábado tenía turno en el hospital donde trabajaba de celadora. A ti te tocó usar mi mochila, adornada con un atrapasueños. El destino era un paraje de media montaña donde, acompañados por algunos de nuestro grupo, recorreríais unos cuantos kilómetros a pie por un sendero de herradura poco exigente que iba por un pequeño valle y, tras superar un suave collado, regresaba por otro. Como cabía esperar, entre vosotros hubo quien protestó porque se cansaba y prefirió volver enseguida al autobús. Alguno incluso maldijo la excursión en cuanto surgieron las primeras ampollas. El equipo de apoyo toleraba y subsanaba todo con infinita paciencia. El único reto irrenunciable era pasar el día sin probar el alcohol. Tú cubriste el itinerario por completo y sin mayor dificultad. Tus piernas antaño veloces se desperezaban. Eras alguien que emergía de un penoso letargo.

Aquella andada fue el comienzo de tu rito iniciático hacia la recuperación de ti mismo. Tenías que volver a nacer y eso implicaba cerrar muchos capítulos. También conllevaba retornar a donde habías perdido el rumbo. La brújula de tu vida se extravió posiblemente ante la perspectiva de competir, de entender el deporte como lucha contra ti y contra el prójimo, como rivalidad interminable para machacar la décima de segundo. La vida —esa vida perra que decía antes— te ofrecía la oportunidad de reconciliarte con el deporte en una modalidad donde no hay rival, donde la grandiosidad de la naturaleza habla directamente y sin trofeos al corazón del ser humano: el montañismo.

Aceptaste aquel nuevo reto sin la presión de un podio a conquistar. Te dejaste encantar por la magia de los bosques, las leyendas de los duendes, la recompensa de los horizontes limpios. Escuchaste la voz de las hadas que por la noche tejen con escarcha y por la mañana dejan prendidas sus gasas para saludar a los madrugadores. Te fortaleciste física y anímicamente, paso a paso, coleccionando planos, buscando itinerarios, haciendo las paces con quien fuiste y volvías a ser.

Éramos cincuentones cuando nos conocimos –aquella vez ya de verdad–, muchas travesías vitales después de esa charla en el albergue de transeúntes. También en esa segunda ocasión estábamos en un albergue, un albergue de montañeros, en el último pueblo en la falda de un pico emblemático. Hacía mucho calor y no se podía dormir en aquellas literas, por lo que unos cuantos decidimos montar las tiendas y pernoctar afuera. Ahí fue cuando volví a ver a aquel hombre alto y bien plantado, que seguía siendo tímido pero ya no tenía ojos de gorrión enjaulado y que me contó cómo veinte años atrás hizo su primera caminata con un atrapasueños muy parecido al que colgaba de mi mochila.

Te regalé el atrapasueños y nos volvimos inseparables. Ahora los hacemos juntos y los entregamos a los valientes que, por muy abajo que se encuentren, se atreven a mirar de nuevo hacia arriba.
